

El difícil camino hacia una política exterior nacional

Ileana Cid Capetillo*
Pedro González Olvera*

1. Prácticamente todos los analistas de la vida nacional coinciden en afirmar que el país se encuentra en un parteaguas histórico que habrá de definir el rumbo de su desarrollo en el siglo venidero, debido tanto a factores internos como externos. Entre estos últimos encontramos que los profundos cambios que actualmente sufre el sistema capitalista internacional permiten hablar de una tercera revolución industrial. La integración de los descubrimientos electrónicos y cibernéticos a los procesos productivos en los países capitalistas avanzados supone necesariamente cambios en la división internacional del trabajo.¹ Algunas formaciones sociales corren, incluso, el peligro de quedarse rezagadas o fuera de la nueva estructura que rápidamente se gesta en el ámbito internacional. Los términos en que se entendía típicamente la soberanía están siendo seriamente cuestionados.² Las fronteras nacio-

nales se constituyen cada vez más como algo simbólico en la medida en que la integración de las diferentes economías las elimina, y produce una unidad internacional antes inexistente.

Ante ello, las clases dirigentes o burguesías, para llamarlas en los términos tradicionales, están siendo obligadas a efectuar cambios que les permitan reengancharse de una manera conveniente, de acuerdo siempre a sus intereses, a la maquinaria del capitalismo transnacional; neologismos como el de reconversión industrial o el de modernización, son precisamente algunas de las expresiones verbales indicativas de este proceso.

Desde luego la situación no está exenta de violencia expresada en todos los sentidos: violencia hacia los trabajadores que ingresan al desempleo; violencia hacia las clases medias que ven disminuidos sus ingresos y alterados sus patrones de consumo; violencia hacia los campesinos que acentúan sus problemas seculares; violencia internacional que se sintetiza en las acciones económicas y políticas de las grandes potencias hacia aquellos países y pueblos que quieren luchar por su soberanía y dignidad; en fin, violencia abierta o soterrada, pero que es

característica de la época y de la situación generalizada de crisis que vive el sistema; crisis que no es otra cosa más que la búsqueda de un nuevo patrón de acumulación y de nuevos caminos de tránsito del capitalismo.

Como es lógico suponer, México no puede escapar a esta dinámica y los sucesivos fracasos de sus modelos de desarrollo, a su vez lo tienen postrado en la más grave crisis interna padecida desde hace más de cuarenta años.³

2. Apenas seis años atrás se pensaba que, gracias al petróleo, por fin se estaba en el anhelado umbral del desarrollo. En términos de crecimiento se apostó a la opción que sostenía que una sola materia prima podría resolver los problemas económicos y llevarnos al reino de la abundancia. No se dudó en transformar a México en un país monoexportador de materias primas, despreocupándose de los avances logrados en otros sectores capaces ya de alcanzar buenos índices de exportación. La baja de los precios del petróleo y los efectos de la deuda externa pronto hicieron despertar de ese sueño — ahora sabemos

* Profesores del Centro de Relaciones Internacionales.

¹ Al respecto véanse los interesantes artículos que sobre la internacionalización de los servicios, aparecieron en *La Jornada*, los días 3 y 4 de octubre de 1987. Ahí se dice que serán las potencias capitalistas como Japón, Estados Unidos, Alemania, Suecia, Italia, etc., quienes controlen en un futuro muy cercano la tercera revolución industrial, a partir de la convergencia tecnológica de las computadoras, la electrónica y las comunicaciones. Cfr. Rodríguez Gómez, Javier. "Los servicios, genios benefactores para unos, monstruos para otros", y "Se encuentra México en desventaja en sectores clave de servicios". *La Jornada*, octubre 3 y 4 de 1987, pp. 25 y 14.

² Cfr. El trabajo que José Ma. Calderón presentó en el II Congreso Universitario México y América Latina ante los Estados Unidos celebrado del 15 al 22 de junio de 1987 en la UNAM.

³ Pueden verse sobre el tema: Alvarez, Alejandro. *La crisis global del capitalismo en México. 1968-1985*. México, Ed. Era, 1987. 178 pp., Valenzuela Feijóo, José. *El capitalismo mexicano en los ochenta*. México, Ed. Era, 1986, 187 pp., Vale la pena leer el prólogo a cargo de Adolfo Gilly.

que pesadilla— a todos los mexicanos, y el Estado y las clases dirigentes empezaron a experimentar un nuevo modelo, que supone, "dolorosamente"* según sus propias palabras, el empobrecimiento acelerado de la mayoría, al tiempo que se produce un enriquecimiento igualmente acelerado de unos cuantos.

El nuevo modelo intenta adaptar la economía nacional a las condiciones impuestas desde el exterior. Adelgazamiento del Estado considerado excesivamente obeso, por lo tanto venta de un sinfín de industrias paraestatales; disminución del aparato burocrático y retiro de los subsidios, considerados ahora como recursos desperdiciados, y más aprovechables en otras tareas; pago puntual y casi a cualquier costo del servicio de la deuda externa; restricción del gasto público y puesta en marcha, en forma acelerada, de la reconversión industrial vista como la única forma posible de modernizar, ahora sí, al país, y de evitar que caiga en la categoría de inviable; vuelco de la producción teniendo en cuenta el mercado exterior; es decir, aumento y diversificación de las exportaciones, sin importar, para ello, una contracción brutal del mercado interno. Estas son algunas de las medidas tomadas para conseguir volver a la senda del crecimiento.

Incluso hay ya quienes sostienen excesivamente que la reconversión industrial y la modernización constituyen la nueva forma de expresar el proyecto nacional en marcha.

3. Para que esto pueda plantearse, muchas cosas han tenido que

cambiar en México. Aunque en el nivel de la retórica, la actual administración se sigue reclamando heredera de los postulados de la Revolución Mexicana de 1910; en el nivel real, los hechos parecen decirnos todos los días que los pactos y las alianzas surgidas de ese movimiento están acabando de desmoronarse. Es muy cierto que a quien más benefició el proyecto surgido de ese movimiento fue a la burguesía industrial y comercial emergente; pero al menos siempre se tuvo en cuenta la opinión de las organizaciones corporativas de obreros y campesinos, aunque se les restringiera a ciertos límites. De la misma manera se propició el surgimiento de una amplia capa de clases medias que en muchos sentidos constituyeron una poderosa base de sustento de los gobiernos "revolucionarios" del PRI. Con todos estos sectores se negociaba su participación y apoyo a cambio de ciertas concesiones.

Ahora sucede que en la práctica el equipo gobernante no toma en cuenta a estos sectores. Plantado en la idea de que la modernización debe llevarse a cabo cueste lo que cueste, sacrifiqúese quien se sacrifique, ha roto los mecanismos más tradicionales de negociación y ha desplazado de los verdaderos círculos del poder a los líderes tradicionales, como Fidel Velázquez, que ahora sólo se limita a lanzar de vez en cuando amenazas verbales y se ve obligado a retractarse enseguida.⁴

Dicho de otra manera, el sistema político mexicano está sufriendo

una transformación profunda — no sabemos si irreversible— en donde los interlocutores más frecuentes son los empresarios y ya no sus antiguas bases de sustento, como la CTM, la CNOP y la CNC. Incluso el nuevo estilo obliga a rechazar las peticiones populares en aras de evitar un "populismo" perjudicioso y a utilizar un lenguaje de tintes hiperrealistas para anunciar las frecuentes medidas económicas, cuyas víctimas son precisamente los considerados antiguos beneficiarios del populismo.⁵

4. En este contexto conviene analizar qué sucede con la política exterior de México, pues con mucha frecuencia se piensa que es un ámbito aparte que permanece inalterado aunque cambie el proyecto nacional.

Lo primero que puede observarse es que el discurso, igual que en otros sectores, sostiene la vigencia de los principios emanados de la Revolución Mexicana, y por lo tanto su pertenencia a un proyecto nacional. La no intervención, la autodeterminación de los pueblos, el respeto a la soberanía, etc., se manejan como elementos básicos fundamentales para diseñar la política exterior.* Pero aunque esto sea verdad, no por ello dejan de notarse ciertas contradicciones que dan cuenta, en el ámbito de la política exterior, de los cambios que el país está sufriendo en cuanto su proyecto nacional, o mejor dicho, en el nuevo proyecto que Estado y clase dominante están tratando de imponer como nacional.

Por un lado tenemos las diferen-

* Dolor es el sentimiento que esgrimen los funcionarios del gobierno a la hora de anunciar una medida que afectará los intereses de las clases populares. Cfr. la explicación que da Guillermo Becker, director de la paraestatal Sidermex, acerca de la suspensión de algunas operaciones de esta empresa, en *La Jornada* del 16 de noviembre de 1986: "La conversión sigue siendo un reto. La suspensión de algunas operaciones ha sido un capítulo doloroso" p. 4.

⁴ Corro, Salvador. "La indiferencia empieza a cubrir a Fidel Velázquez". En *Proceso* Núm. 551, 25 de mayo de 1987, pp. 6-12. En el reciente destape de Carlos Salinas de Gortari fue muy claro el desplazamiento de Fidel Velázquez y otros líderes obreros de la vieja guardia, a quienes no les quedó más remedio que aceptar a regañadientes la decisión, aunque no dejaron de manifestar por diversos medios su evidente disgusto por la selección hecha.

⁵ Sobre la suerte del populismo: Cfr. Zermeno, Sergio. "El fin del populismo mexicano" en *Nexos*, Núm. 115, México, mayo de 1987, pp. 30-35.

* Incluso existe ya una iniciativa presidencial para elevar a rango constitucional tales principios, como si esta sola acción garantizara automáticamente su respeto y seguimiento.

cias notorias entre política exterior económica y política exterior propiamente política. La necesidad de encontrar algunas alternativas de auxilio para paliar los efectos de la crisis económica, ha propiciado que diferentes dependencias administrativas —secretarías o empresas paraestatales— manejen su propia política exterior, enfrentada muchas veces con la que emana de la Secretaría de Relaciones Exteriores, que a nuestro juicio es la que representa todavía, con altibajos y todo, en especial en la relación con los Estados Unidos, la política exterior del antiguo proyecto nacional. En concreto tenemos, por ejemplo, las negociaciones de la Secretaría de Hacienda con organismos financieros internacionales como el FMI, el Banco Mundial y con la banca transnacional, en circunstancias fabulosas para esta última, en tanto los montos de los intereses superarán con creces el correspondiente al capital prestado (a regañadientes, por lo demás).⁶ Según cálculos hechos en varios medios, si se reciben 12 000 millones de dólares en cuatro años, en ese mismo periodo tendrán que pagarse 16 000 millones por concepto de intereses. Conseguir tiempo es la consigna, aunque eso signifique cancelar indefinidamente la posibilidad de crecer para pagar.

Muchos de los lineamientos de la política económica nacional se han estructurado de acuerdo a "recomendaciones" obligatorias del FMI; la restricción de los salarios, el despido de miles de burócratas, la eliminación de los "ineficientes" —empresas y personal— constitu-

yen medidas sugeridas por el Fondo para alcanzar un saneamiento económico. Sin embargo el tiempo pasa y la medicina no surte efecto ni se nos indica si algún día nos curaremos. En todo caso parece que está dirigida a eliminar a los débiles y a fortalecer aún más a los saludables. Los altos montos en las reservas internacionales, tampoco han propiciado una estrategia adecuada que permita aprovecharlas en beneficio de la recuperación de la economía mexicana. Los continuos traspies en este sentido, los ilustra la declaración del director del Banco de México, Miguel Mancera Aguayo, en el sentido de que se revisaría el cambio de deuda por participación en las empresas endeudadas, puesto que este mecanismo no está resolviendo el problema y en cambio sí propicia una inflación más acelerada. Igualmente las opiniones contradictorias de distintos funcionarios acerca de la posible compra de deuda con las reservas internacionales muestran que no existe un acuerdo sobre cuál debe ser el camino a seguir en materia económica.

Por otro lado, mientras la participación de México en los esfuerzos por resolver el conflicto centroamericano sigue siendo de alta intensidad, tanto en Contadora como en la ONU, la Secretaría de Minas e Industria Paraestatal, en una actitud poco solidaria, ha suspendido el envío de petróleo a Nicaragua mientras que esta nación no pague lo que debe. Puede argumentarse que nuestro país no está para hacer caridad internacional, pero ante el feroz bloqueo económico impuesto por los Estados Unidos a Nicaragua, una acción de esta naturaleza no provoca otra cosa sino que México se sume, de alguna manera, al bloqueo. Así, las declaraciones de Sepúlveda o de la delegación mexicana ante la ONU o la OEA para que cese la agresión norteamericana a Nicaragua, se ven menoscabadas en la práctica y la política mexicana

se queda sólo en eso, en declaraciones.⁷

También tenemos el caso de la Secretaría de Comercio, de donde surge la iniciativa —casi cruzada, podríamos decir— de ingresar al GATT, organismo que propugna por la liberalización del comercio internacional, cuando las potencias industrializadas aumentan constantemente sus barreras proteccionistas. Quizá el ingreso de México al GATT sea beneficioso para algunos sectores, pero nuevamente nos encontramos con que se trata de aquellos que tienen una alta capacidad de adaptabilidad a las nuevas condiciones del capitalismo, es decir, de los "eficientes". Las pequeñas y medianas industrias verdaderamente nacionales están condenadas por este acto a la desaparición del panorama mexicano, además de que los productos que ingresen sólo podrán ser adquiridos por unos cuantos, los que, pese a la crisis, siguen teniendo altísimos ingresos.

5. Sin duda alguna las relaciones con los Estados Unidos constituyen un elemento fundamental dentro de la política exterior. En los dos últimos años se vivió una de las etapas más difíciles de las relaciones bila-

⁶ Cfr. S/A. "Reestructuración de la deuda: un mal negocio", en *Enfoques*. Año 1, Núm. de presentación, 15 de mayo de 1985, pp. 6-9 y Aschentrupp, Hermann. "El manejo de la deuda externa y la inversión de México en la economía mundial". *Carta de Política Exterior de México*, México, CIDE, Año VI, Núm. 3, julio-septiembre de 1986, pp. 5-11.

⁷ Como dice Jorge G. Castañeda: "Debería ser inútil decir lo grave, incoherente e indigno que resultó este gesto (la suspensión de envíos de petróleo a Nicaragua) del gobierno de México. Grave porque una decisión ante todo política reconvirtió en un acto técnico, de centaveros, empañando una tradición que no databa de ayer. Incoherente, porque de nada servía que la Secretaría de Relaciones Exteriores anduviera insistiendo, en el mundo entero en que era preciso evitar la transformación de la crisis centroamericana en un problema Este-Oeste, para que PEMEX y SEMIP obligaran a Nicaragua a pedirle petróleo a la Unión Soviética, el único proveedor alternativo que la Revolución Sandinista tenía a su alcance. Indigno, porque los países y gobiernos que creen en sí mismos no hacen leña del árbol caído: no se le pega al que ya está tirado en el suelo, tratando de levantarse". *México: el futuro en juego*. México, Ed. Joaquín Mortiz-Planeta, 1987, p. 74.

terales. El ascenso al poder en los Estados Unidos, de un grupo de ultraderecha, llevó a la instrumentación de una política que quería el alineamiento automático y acrítico de todos aquellos países que quedaban real o supuestamente, dentro de la órbita de Norteamérica, México incluido, por supuesto. Como esto no sucedió así, se desató una oleada de acciones agresivas que buscaban doblegar completamente al gobierno mexicano. La llegada del embajador John Gavin, con actitudes de próconsul, intervencionista a más no poder, fue el primer aviso de que la administración de Ronald Reagan no estaba dispuesta a hacer concesiones a nuestro país, en tanto no hubiera un cambio en su política hacia Centroamérica. Luego, los ataques en el Congreso por parte del Senador Helms y de otros altos funcionarios como Abrams, confirmaron la línea que los norteamericanos querían seguir frente a su vecino del sur.

Como si esto fuera poco, las presiones continuaron en el ámbito de la migración mexicana indocumentada hacia los Estados Unidos y en el campo del narcotráfico. En el primer caso se aprobó la ley Simpson-Rodino con el objetivo aparente de detener o controlar el flujo migratorio, aunque con el propósito real de ser utilizada como instrumento de presión, cada vez que sea necesario mandar avisos a México de que su política no es del agrado del gobierno estadounidense.

En el caso del narcotráfico, se utilizó el incidente de la muerte de Enrique Camarena, agente de la *Drugs Enforcement Agency* (DEA), para lanzar acusaciones masivas de corrupción del gobierno de México y hasta de complicidad de alguno de sus integrantes en la producción de drogas. Ignorando de plano a los consumidores, todas las culpas recaían en México, quien según la perspectiva norteamericana, era ineficaz en su lucha contra el nar-

cotráfico.

La respuesta mexicana a estos embates no fue del todo afortunada. A pesar de que se mandaron algunas notas de protesta, el hecho real es que se permitió, quizá por un exceso de prudencia, que Gavin llegara a límites intolerables, mientras que no se desmintieron adecuadamente los ataques infundados en el Congreso de los Estados Unidos. Lo cual demuestra que frente a los Estados Unidos todavía se carece de una estrategia que permita resolver con éxito los conflictos que nuestros vecinos imponen a cada momento. En ocasiones parece haber demasiada condescendencia, con sus actitudes prepotentes y poca capacidad de respuesta firme a sus presiones. Da la impresión de que por olvido o, peor aún, por conveniencia, no se toma en cuenta que es mejor aparecer como vecinos respetados y respetables, que como vecinos a los que fácilmente se les puede amedrentar.⁸

6. La búsqueda de mercados alternativos, expresada en los viajes presidenciales a Europa y Asia y en la manifiesta intención de revivir los procesos de integración latinoamericana no han dado los resultados esperados. Y es que esto es natural; la excesiva dependencia hacia los mercados norteamericanos impide que los nuevos sean en verdad aprovechados. Aun cuando se insiste —incluso el propio presidente Miguel de La Madrid lo ha hecho—, en la conveniencia de que el aparato productivo dirija sus miras hacia los países europeos, China, Japón o

⁸ Al respecto existe una abundante y creciente literatura. Pueden verse, por ejemplo, los trabajos presentados en el II Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Internacionales, celebrado en octubre de 1987 en Tijuana. O bien los varios trabajos aparecidos en la *Carta de Política Exterior Mexicana*, revista trimestral que publica el CIDE.

América Latina, estructuralmente esto es muy difícil. Si ya antes dijimos que la economía mexicana está cada vez más integrada a la de los Estados Unidos, es poco menos imposible que en unas cuantas semanas o meses pueda transformarse esa relación. No hay más que ver los efectos que la baja en Wall Street tuvo en la bolsa de valores mexicana para darse una idea de la magnitud de la vinculación de las estructuras económicas México-norteamericanas.

Pero además no se puede ignorar que México no ha sido del todo coherente en sus relaciones con América Latina sobre todo en lo que a deuda externa se refiere. Cada vez que en la región alguien se pronunciaba por establecer un club de deudores que permitiera una mayor fuerza en las negociaciones con los acreedores, no faltaba en México quien se apresurara a declarar que tal club no era necesario, puesto que era factible alcanzar mejores acuerdos solos que acompañados. Por supuesto, esto creó un clima de desconfianza, al menos en materia económica, sobre el rumbo que nuestro país tomaría a la hora de negociar sus enormes débitos.

7. En el otro lado tenemos los aspectos positivos. Como ya mencionamos, casi desde el inicio del gobierno de Miguel de la Madrid se tomó a Centroamérica como eje central de la política exterior. La posibilidad de que el conflicto se regionalizara y la inestabilidad llegara incluso a México, provocó la adopción de una estrategia, de la que por cierto no estuvieron ajenos los principios tradicionales, para buscar una solución adecuada y justa a los problemas causados por el conflicto en Centroamérica. La constitución del grupo Contadora supuso desde el principio una innovación para los marcos de participación de México en el multilateralismo. Acostumbrados a foros como la

OEA o más aún, la ONU, la participación en un foro multilateral con fines específicos y limitados no tiene precedente. Pero de cualquier manera permite ir más allá de los límites autoimpuestos por México, en relación a iniciativas de tipo diplomático, que en este caso habían sido bilaterales, como el comunicado franco-mexicano sobre la situación en El Salvador.⁹

Posteriormente, ante la amenaza que significa para la humanidad entera la existencia de las armas atómicas, el país empezó a participar en el grupo, formado otra vez *ad hoc*, para luchar por eliminar el peligro latente de una guerra termonuclear. Juntamente con Tanzania, Argentina, Suecia, Grecia y la India, México se ha reunido en Nueva Delhi e Ixtapa para proponer algunas medidas que, al menos, atenúen los peligros de dicha guerra.¹⁰

Aquí podemos apreciar el nuevo estilo multilateral de la diplomacia y la lucha mexicanas por una mejor sociedad internacional, que ha sido siempre una verdadera aspiración nacional. El multilateralismo es, en este contexto, la vía de expresión de los mejores elementos del que podríamos denominar antiguo proyecto nacional en materia de política exterior.

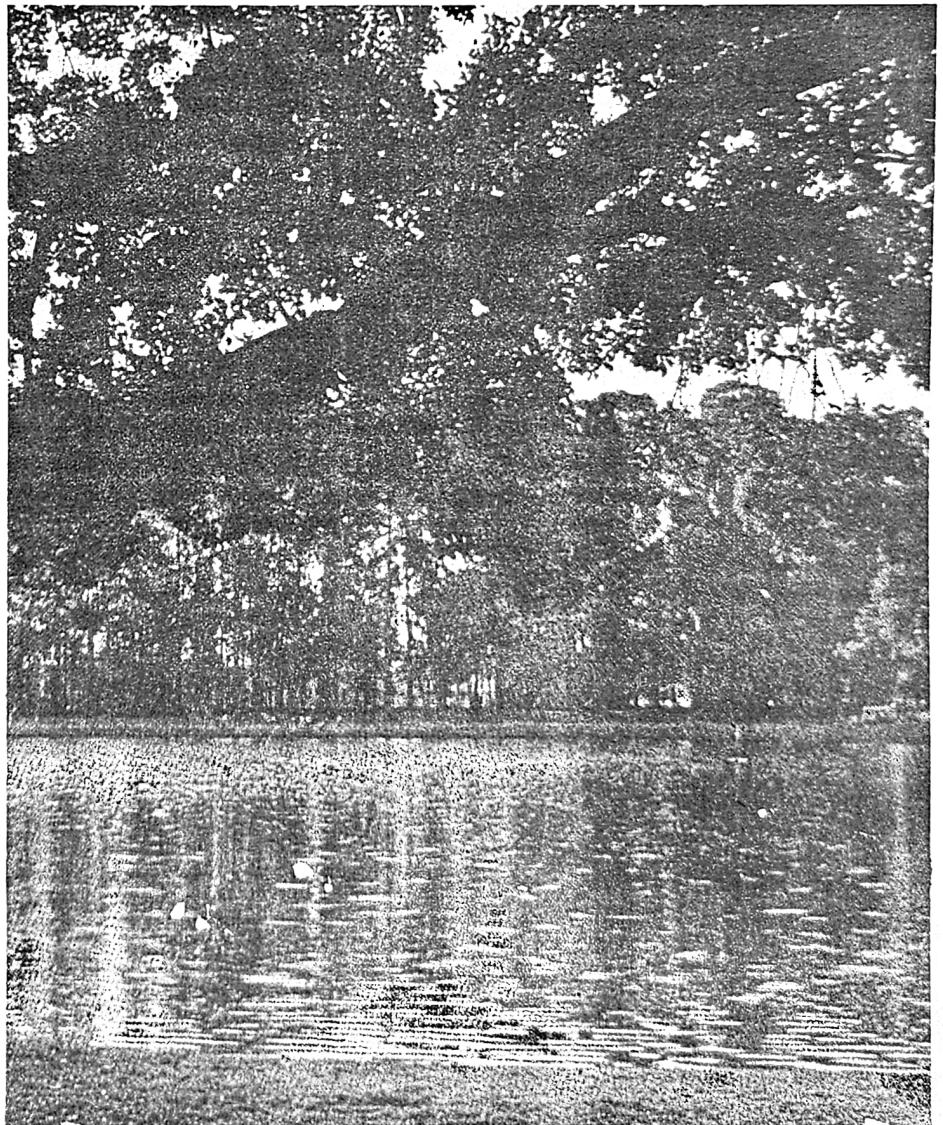
8. Todo lo anterior nos permite una breve reflexión teórica. Si aceptamos que el proyecto nacional surge originariamente de la concepción que una clase social o una

fracción de clase tiene del mundo o de cómo éste debe estar organizado, y qué ha impuesto al conjunto de la sociedad y lo expresa generalmente a través de mecanismos estatales, podemos deducir que existen tres niveles posibles en la política exterior: el nivel de la clase social, el nivel del Estado y el nivel nacional.

En principio el proyecto nacional se formula en el seno de clase social; en el transcurso de la correlación y enfrentamiento de fuerzas se conquista el poder político y con él el Estado; al tener éste, se logra transmitir por diferentes medios — cultura, educación, ideología, represión — el propio proyecto a

toda la nación, quien lo acepta como suyo; o bien puede suceder que se modifique e integre con elementos propios de la visión del mundo que tiene otra clase social, que en el transcurso de la lucha adquirió suficiente fuerza para influir en su elaboración. Con la participación de distintos sectores y clases sociales puede integrarse un verdadero proyecto nacional.¹¹

¹¹ Cfr. Peña Guerrero, Roberto, "Algunas consideraciones teórico-metodológicas para el estudio de la política exterior", en V. A. *Estudio científico de la realidad internacional*. (II Coloquio Internacional de Primavera), México, UNAM, FCPS, CRI, 1981, pp. 189-202.



⁹ También acerca de Contadora se han elaborado varios análisis, algunos de ellos vienen en el libro ya mencionado de Jorge G. Castañeda.

¹⁰ Macouzet, Ricardo. "La diplomacia multilateral de México en la coyuntura actual: la II Reunión del Grupo de los Seis", en *Carta de Política Exterior de México, Op. Cit.*; y Herrerías, Arturo y Ruiz del Campo, Carmen M. "La reunión cumbre de Nueva Delhi: una nueva estrategia de la política exterior de México por el desarme nuclear". Tesis Profesional, FCP y S, 1988, 196 pp

9. Así sucedió en el caso de México, cuando la revolución de 1910 rompió el proyecto de la oligarquía tradicional e impuso el de la ya mencionada burguesía emergente. La participación de diferentes fuerzas populares en la revolución —villistas y zapatistas, sobre todo— le dieron al proyecto nacional revolucionario ciertos matices que impidieron fuera un proyecto burgués sin más. Esto sucedió notoriamente en el ámbito de la política exterior en donde se mantuvieron e incluso recuperaron elementos importantes de la tradición histórica de defensa de la comunidad y el territorio nacionales que venían desde el siglo pasado. Luego entonces, el proyecto revolucionario asume como una de sus posiciones principales el nacionalismo y la defensa de los países que, como México, estaba en una posición subordinada en la economía y la política internacionales. Esto por supuesto es algo que conviene a la clase dirigente todavía no asociada con el gran capital y deseosa de lograr una acumulación originaria sin demasiadas interferencias externas. El nacionalismo se constituye así como un instrumento auxiliar en el desarrollo de la burguesía mexicana. Por eso, ésta no tiene rubor en sostenerlo aún en situaciones críticas, como durante la época de la expropiación petrolera o la nacionalización de la industria eléctrica.

Sin embargo, cuando la dinámica del capitalismo supone la penetración y absorción de economías que tenían un cierto grado de autonomía las cosas empiezan a cambiar.

Así, para empezar se plantean nuevos proyectos de política exterior más utilitarios. Se sostiene que es una necesidad el que México se involucre en acciones (nuevo orden económico internacional, Centroamérica, etc.) que no le dejan ganancias de ningún tipo y que al contrario le provocan enfrentamientos

serios con su socio mayor o sea los Estados Unidos.

10. Pensamos que nos encontramos ante una época de ruptura y transición que lo mismo que en el ámbito de la política interna, esta afectando la política exterior, de ahí que surjan las múltiples contradicciones a que hemos hecho referencia. Si el proyecto de modernización basado en la reconversión industrial tiene éxito, y las presiones internacionales igualmente son exitosas,¹² no cabe duda que en el futuro próximo veremos un proceso de reconversión de política exterior, para adecuarla a las necesidades económicas y políticas de lo que se intenta sea el nuevo proyecto nacional. Así las cosas, las políticas emanadas de Hacienda, Comercio y Fomento Industrial, SEMIP, PEMEX, se convertirán en hegemónicas y la Secretaría de Relaciones Exteriores pasará a un segundo o tercer plano, avalando las directrices impuestas por las anteriores dependencias, que buscarán primero que nada resolver los problemas económicos que se vayan presentando. Más aún, la situación se agrava si nos cuestionamos si los mencionados aspectos positivos tienen un verdadero carácter nacional. La ausencia de apoyos masivos a Contadora y el Grupo de los Seis, la escasa difusión de sus ventajas para el país, suponen un desinterés para que la opi-

nión pública conozca y apoye estas medidas. Tal parecería que sólo se mantienen por la inercia o por la lucha de un grupo de la burocracia que se resiste a perder su mejor tradición.

La ausencia de un proyecto global en materia de vinculación con el exterior, provoca que cada dependencia haga lo que mejor le parezca, sin preocuparse si se están afectando o no los principios de la política exterior.* Es bien cierto que lo mismo sucede hasta en las grandes potencias, pero una verdadera modernización de la política exterior requiere el diseño de estrategias que centralicen y den coherencia a las relaciones de México con la sociedad internacional.

Por eso, la única forma de evitar la desaparición de una política exterior nacional es que la propia Nación ratifique su participación en ella, pero esto parece no ser posible, primero porque caería en el odiado reino del populismo, y segundo porque las fuerzas de izquierda no han sido capaces de aglutinar a la Nación alrededor de un proyecto nacional alternativo.

La época de transición durará, entonces, hasta que se conjuguen nuevamente clase, Estado y Nación y surja un nuevo proyecto nacional, cualquiera que este sea, aunque todo indica que estará acorde con el ritmo que marca el sector más dinámico del sistema capitalista internacional.

¹² Cfr. Ramírez Bernal, David. "Presión externa y política exterior en el debate nacional", en *Carta de Política Exterior Mexicana*, CIDE, año VI, Núm. 2, abril-junio de 1986, pp. 21-26.

* Ello a pesar de que el candidato a la presidencia del PRI, y por lo tanto casi seguro próximo presidente de México, se haya comprometido a defender los principios de la política exterior de México y a modernizarla, otorgándole un papel más activo a la promoción de las relaciones económicas y al diálogo político a nivel internacional. Una cosa son las declaraciones y otra muy distinta las tendencias estructurales de la economía internacional, a la que casi necesariamente tendrá que ajustarse la economía nacional mexicana.